

que si no, mas cuidado hubiera tenido. — ¡Cosas, añadía Isidro, como las que tienen estos extranjeros!

Comimos y nos fuimos al teatro, que es medianejo, pero no tan malo como las compañías de canto y verso. Aquella noche nos obsequiaron con la ópera en tres actos *l'Eclair*, y con el vaudeville en dos actos *Le Chevalier du Guet*, y vive Dios que cantantes y versificadores podían apostar á cual peor lo hiciera. Sin embargo, los liejeses tienen fama de *amadores de los espectáculos teatrales*, y suelen preciarse de tener buenas *tropas dramáticas*, pero lo que es entonces *abrenuncio*. Lo que habia, si, en el teatro, era mucha gente de tropa y mucha oficialidad.

La maravilla de Lieja.

O'DONNELL Y EL CAPELLAN DE CORO.

Al dia siguiente nos fuimos á ver *maravilla de Lieja*, ó sea la iglesia de *Santiago*. Efectivamente es un templo maravilloso: porque en él se ve la arquitectura gótica con toda la coquetería árabe; es una dama ataviada interior y exteriormente con toda la riqueza y elegancia del traje oriental, con toda la gracia del festonaje arabesco, y si algo tiene que pudiera tacharse, es su excesiva belleza para templo sagrado.

Cuando nos disponíamos á salir de *Saint-Jacques* para ir á ver la catedral, se nos avisó si queríamos presenciarse un espectáculo digno atencion. Era un entierro solemne que hacian los estudiantes de la Universidad á uno de sus mas antiguos y acreditados profesores, el *Dr. Gall*, que habia fallecido el dia anterior. Fuimos en efecto camino del cementerio, y á la subida de la alfura de *Sainte-Walburge* encontramos una larga fila de mas de treinta coches ocupados por mas de ciento cincuenta alumnos que iban á rendir el último homenaje de respeto y cariño á su amado y venerable maestro el *Dr. Gall*, que si no gozaba de tanta fama como el célebre frenólogo, al ménos se conocía que le acompañaban á la tumba los corazones y las lágrimas de la juventud literaria de su país, cuyo sublime cuadro debia consolarle en la eternidad como á mí me enterneció y conmovió.

Este inesperado paseo nos proporcionó ver la *Ciudadela* y gozar del hermoso panorama que ofrece la ciudad desde aquel balcón; si bien por otra parte nos consumió el resto de la mañana; y sin hacer otra cosa nos fuimos á comer.

Entre los asistentes á la mesa hubo uno, que habiéndonos oido hablar en español, nos dirigió la palabra en el mismo idioma, lo cual infundió en nosotros una alegría general. Era un jóven sevillano, que hallándose en Ambéres á asuntos de comercio, habia hecho una excursion á Lieja con otros conocidos de aquella ciudad. Á poco de nuestro reconocimiento y de haberle sin duda preguntado sus amigos por la clase de compatriotas con quienes se habia encontrado, yo advertí que estaba siendo el objeto de las continuas y atentas miradas de todos, para lo cual me parecia que no era bastante circunstancia ser extranjero ni ser español. Me miraba á mí mismo, y no me hallaba mas feo que otros, ni me habia manchado, ni mi traje, ni mis maneras tenian nada de irregulares. Concluida la comida nadie desocupaba el salon sin dirigirme una atenta mirada. — ¿Pues qué tendré yo? — me decia á mí mismo.

Ya nos quedamos solos los españoles, y le dije al sevillano: — Paisano, Vd. que conocerá mejor que yo esta gente, ¿me hace Vd. el favor de decir qué pueden haber visto en mí para mirarme tanto? — El hombre se echó á reir con mucha calma y me dijo: — Paisano, Vd. sabe que soy de Sevilla, ¿no es esto? pues bien como buen sevillano he usado una bromilla inocente: me preguntaron estos amigos qué compatriotas eran los que habia encontrado, y yo les dije al oído que el uno de ellos (señalando á Vd.) era O'DONNELL. Y como O'DONNELL ha sonado tanto por aquí con motivo de los sucesos de Octubre en España, la noticia corrió de boca en boca, y ahí tiene Vd., no ha habido mas ni ménos; por eso le miraban á Vd. con tanta curiosidad; nada, paisano, una bromilla. — ¡Hombre, ó diablo! Llévele á Vd. sataná con sus bromillas. Tendrá gracia que, bromilla ó no bromilla, tenga que ir á la prefectura de policía á acreditar que no soy O'DONNELL sino FRAY GERUNDIO. — Paisano, ¿Vd. es FRAY GERUNDIO? — El mismo. — ¿Es posible? ¿Qué es lo que me dice Vd.? — Lo que Vd. oye. — Paisano, vengan esos cinco. Pues ahora me rio yo mas de la chanzoneta. — Pues mire Vd., ahora me rio yo ménos. — Paisano, no tenga Vd. cuidado que aquí estoy yo.

En fin, pasada aquella broma, nos dirigimos todos á la catedral de San Pablo, como habia sido mi intencion desde por la mañana. Llegamos á la hora de visperas, y con esto tuvimos ocasion de enterarnos de las ceremonias y vestiduras de aquel cabildo y sus coherentes. Los canónigos llevaban muceta de piel blanca moteada de negro, manto negro con forro encarnado, y casquetes á la

cabeza con un estupendo borlon. Los niños de coro iban vestidos de encarnado; los capellanes con una especie de peliz.

Pero á quien habia que oír era á Tirabeque y al sevillano con motivo de un cantor ó capellan de coro que allí se nos deparó con unas enormes y pobladísimas patillas que le bajaban hasta el gargüero. — El hombre este, decia mi lego, es sagrado de boca y profano de quijadas. — ¿Vd. no repara, decia el andaluz, que sale la voz mas desparramada que agua de regadera por entre esos dos matorrales? Ese hombre excusa de arrendar bosque para entrar á caza y andar á ojeo. Y por este estilo se divertieron grandemente á costa del cantor de las patillas. Despues supimos que era un gastador de la guardia nacional.

La catedral de Lieja no tiene cosa notable, como no sea el pavimento de mármoles en greca, las cuerdas de las campanas, que son singulares, unas columnas del siglo VII, y sobre todo el *alumbado de gas* que usan para los oficios nocturnos: único templo en que he visto alumbrarse con gas.

Á la salida volví á observar que las gentes me miraban mucho. Á pesar de eso yo seguía sin darme por entendido, hasta que oigo á dos que se nos quedaron parados al pasar: « *Voilà Mr. O'Donnell d'Espagne.* » — ¡Ira de Dios! dije yo; ¡pues está bueno esto! No habíamos andado veinte pasos, cuando vuelvo á oír: « *Mr. O'Donnell.* » La bromilla del amigo habia cundido por la ciudad; por lo cual yo determiné tomar cuanto ántes una diligencia para *Verviers*, no fuera que el gobernador de provincia, mientras identificaba la persona, hiciera mi estancia en Lieja mas larga de lo que habia entrado en mi intencion. — ¡Qué disparate! me decia el andaluz: si esto no es nada; y sobre todo, paisano, ya le he dicho á Vd. que aquí estoy yo. — Buen empeño se atraviesa, replicó Tirabeque: hace Vd. bien, mi amo, vamos de aquí, no sea que me tengan á mí por el asistente de *O'Donnell*, y me hagan un flacon servicio: vámonos, vámonos.

Y así fué que tomámos una de las diligencias de *Pasquin y Briard* que salen diariamente para *Verviers*, y despidiéndonos del amigo sevillano y dándole las gracias por su bromilla, á las cuatro de la tarde íbamos ya rodando los cuatro españoles por aquellas calles en direccion de *Verviers*.

La tierra de los Cristos.

—¿Con que hemos dejado la patria de MALHERBE, de REGNIER y de GRETRY? les dije á los compañeros luego que pasámos los puentes, rios y canales de Lieja. — Diga Vd., señor, me preguntó Tirabeque; y esos tres individuos que Vd. nombra eran enanos? — De modo que acerca de su estatura corporal nada he leído en sus biografías: lo que sé es que fueron tres hombres muy grandes en talento y en saber; ¿y por qué preguntabas si eran enanos? — Señor, porque no he visto pueblo de mas enanos que este; ¿no lo ha reparado Vd.? — En efecto, dijimos todos, que es tierra de muchos enanos esta; y hasta la tropa es menguada y raquítica, y no muy marcial en el andar ni en el vestir. Solamente la seccion de artillería era la que presentaba gente mas lucida y tambien mas gusto en los uniformes. — Y de las mujeres ¿qué le ha parecido á Vd.? le preguntaba á Tirabeque el hermano Isidro. — Mal, le respondió; no he visto cosa de provecho, no me gustan las walonas: me gustaron mas las peras que nos pusieron en el hotel. — Efectivamente que eran muy tiernas y muy sabrosas, añadió el hermano Anselmo.

Así entretenidos nos íbamos internando por aquel ameno país, sembrado de huertas y bosques de frutales, de fábricas y casas de campo, y cortado por multitud de riachuelos que regaban otros tantos valles amenos y frondosos. La variedad de la conversacion y del país nos hacia llevar con ménos disgusto la incomodidad de la diligencia, que por cierto era de las mas irregulares y con ménos talento construidas que he visto, y á cuya mayor incomodidad contribuían los mozos y paisanos con blusa que se nos iban introduciendo, con arreglo á la costumbre general del país de viajar en diligencia hasta los labradores y jornaleros del campo.

¿Cómo dirán Vds. que se reciben allí los periódicos en los pueblos? El conductor de la diligencia va cargado de paquetes, y sin bajarse del carruaje ni hablar una palabra, va arrojando al tránsito de cada pueblo, á una persona que encuentra infaliblemente preparada á recibirlos, los paquetes que á cada uno pertenecen. Y como la diligencia es diaria, cada día se reciben los periódicos y demas correspondencia en los pueblos, sin necesidad de correos, de incomodidad ni de gasto. Sistema ventajoso de comuni-

cacion, pero que no podria sostenerse sin la confianza y seguridad que inspiran aquellos conductores y aquellos habitantes.

Á luego de la salida de Lieja empezámos á ver en las calles de los pueblos y en el campo mismo muchas imágenes de santos y particularmente de Cristos. Y esto mismo fuimos observando en toda la jornada. Cristos arrimados á las paredes, Cristos sobre las puertas de las casas, Cristos en los troncos de los árboles, y Cristos en las fábricas, y Cristos en los puentes, y Cristos en las rocas, y Cristos en todas y por todas partes. — Señor, decia Tirabeque, si vieran esto nuestros andaluces, una de dos, ó estas gentes tenian que negar que Cristo es Dios, ó ellos les ponian pleito alegando que no hay mas tierra de Dios que la suya.

Esta abundancia de imágenes de santos y de Cristos de todas materias y tamaños, en las calles, en los campos y en los caminos, las observámos despues en todo el país montañoso de Lieja y del Limburgo : lo cual en mi pobre discurrir histórico lo atribuyo á restos y reliquias que han quedado de la reaccion religiosa que siguió á las guerras con los *Iconoclastas* ó destructores de imágenes.

Conforme íbamos avanzando, el país era gradualmente mas montuoso, y semejaba ya á nuestras provincias vascongadas. Como por allí va el camino de hierro *inferi* para Prusia, de que hablé en el capítulo anterior, le hallámos todo entrecortado de puentes en construccion ó concluidos, de terraplenes, de *viaducs*, de montañas perforadas, y otras obras, lo que hacia serpentear mas nuestro carruaje ; y esto y algun rio cuyas aguas llevaban un color de ladrillo espeso y subido cuya causa no pude saber, es todo lo que se encuentra en la travesia á *Verviers*, adonde llegámos bien entrada la noche, dando fondo en el hotel *des Pays-Bas*.

Verviers.

Modestia de María. Nuestro primer acuerdo fué pedir cerveza (que de paso sea dicho, es muy buena y sin espuma la de *Verviers*). — *Madame*, gritó Tirabeque á la doméstica que se nos presentó ; *portez-nous de la biere, s'il vous plaît.* — *Oh ! madame, madame !* replicó la doncella : yo no soy *madame*. — ¿ Pues qué es Vd. ? ¿ *mademoiselle* ? — Tampoco. — ¿ Pues qué diablos es Vd. si no ? Yo no soy mas que *María*, una humilde sirvienta de este hotel ; llámeme Vd. *María* nada mas.

Todos nos mirámos sorprendidos de la modestia de aquella buena mujer, acostumbrados como íbamos á tratar en Francia y Bélgica de *madame* y *mademoiselle* á toda insignificante dueña ó criaduela de servir. Y es que como estábamos ya en las fronteras de Prusia, el carácter franco-belga se iba perdiendo, y *María* nos dió una muestra de que participaba ya de la severa formalidad del reino de Federico Guillermo.

Aquella noche no hicimos ya mas que acostarnos. Al dia siguiente temprano dimos un ligero paseo por la ciudad, que tendrá unas 20,000 almas y en la cual lo mas notable es el lindo teatro de la *Plaza-Verde*, el hospital de Baviera, la sociedad de la Armonia, y sobre todo, sus muchas y afamadas fábricas de paños, que ocupan casi la totalidad de sus habitantes. Se cuentan cerca de sesenta grandes manufacturas, que dan cien mil piezas al año, cuyo valor se calcula en 25,000,000 de francos (100,000,000 de reales).

Separacion temporal. *VERVIERS* era la ciudad del hermano Anselmo, como *LIEJA* habia sido la ciudad del hermano Isidro. De consiguiente los dos compañeros determinaron quedarse allí para visitar despacio las fábricas de paños, y Tirabeque y yo que no lo tomámos sino al pormenor en las tiendas para vestir, dispusimos hacer entretanto una expedicion á *SPA*, dándonos todos cuatro la consigna para Brusélas el dia de la apertura de las Cámaras, y así nos despedimos, no sin haber oido misa, porque era domingo de guardar.

Spa.

Á beneficio de 9 francos marchábamos amo y lego como dos príncipes en nuestro cabriolé de dos asientos por aquella hermosísima calzada, por aquellos risueños y pintorescos valles, por entre aquellos limpios y cristalinos riachuelos, saboreándonos en ver el aseo y limpieza, y hasta la elegancia en vestir de los aldeanos y aldeanas que de los pueblecitos y caseríos bajaban á oír misa á las parroquias céntricas, hasta que al cabo de las dos horas y cuarto de viaje nos encontramos en una alineada y frondosa alameda, y á los cuatro minutos en el vestibulo del hotel (*tambien des Pays-Bas*) de *SPA*, habiéndonos dejado atras las cuatro leguas que separan esta villa de *VERVIERS*.

SPA era antes un miserable lugarcillo, cuyos habitantes á duras penas podian vivir de los productos de su ingrato y estéril suelo, y hoy es una de las villas mas bonitas de Europa, poblada de nue-

vas y vistosas casas, y cuyo número de habitantes casi se dobla cada año. Esta trasformacion la debe al descubrimiento de sus famosas aguas minerales, que con el nombre de *agua de Spa* se transportan y difunden por toda Europa, y aun por todo el mundo. Son siete los manantiales, pero el mas notable y el mas célebre es el que teníamos frente del hotel, y sobre el cual se ha erigido un bello monumento de piedra « Á LA MEMORIA DE PEDRO EL GRANDE, » fundado por el mismo Czar de Rusia en celebridad de haber restablecido su salud con el uso de las *aguas de Spa*, de las cuales dicen que se bebía el Sr. Autócrata 21 vasos de á tres onzas cada mañana.

La fama de estas aguas, junto con el aliciente del juegucillo de azar (que no es permitido en pueblo alguno de la Bélgica mas que en *Spa*) atraen á esta villa tal afluencia de extranjeros en la estacion del verano, que no bastan sus muchos y magníficos hoteles, no basta convertir en hoteles todas las casas del pueblo para albergarlos. Nosotros tuvimos el gusto de encontrar allí á la Infanta Isabel, hija de nuestro infante D. Francisco, con su esposo el coronelito ruso, que supongo habria ido á tomar las aguas minerales, y no atraído como otros (que él no es hombre de esas costumbres) por los juegos de azar.

Se da á las *aguas de Spa* una virtud prodigiosa para la curacion de multitud de enfermedades y principalmente para los dolores cardíacos ó males de estómago, para las afecciones verminosas, para las nefritis y flegmasías crónicas, para las hidropesías, para las leucorreas, para la hipocondría y para la esterilidad. En estas materias me felicito de no poder dar un voto de experiencia. Á Tirabeque le dije que si padecía alguna afeccion morbosa, tenia la ocasion mas oportuna para combatirla con aquellas aguas : á lo cual me respondió : — Señor, la única enfermedad que yo padezco tengo para mí que estas aguas no me la pueden curar, porque es un hambre horrorosa que no se cura sino en el comedor del hotel; con que soy de opinion que nos vayamos acercando hácia allá si á Vd. le parece.

Pero no se lo consentí sin que probase conmigo las aguas, siquiera por poder testificar de su sabor. Ellas son limpias y cristalinas, pero el sabor es picante, ácido y ferruginoso. Tienen otra propiedad, y es que si se tomasen por primera vez cuatro ó cinco vasos, embriagarían como el vino, y por lo tanto se necesita beberlas gradualmente y con discrecion.

Otra de las curiosidades de *Spa* son los lindísimos y delicados

artefactos y juguetes hechos de madera teñida ó barnizada con aquellas aguas, de cuyos artefactos y juguetes se hace tambien un gran comercio, y no hay tienda de lujo en Paris y casi en ninguna poblacion grande donde no se vean mil preciosos objetos de *madera de Spa*. Nosotros tomámos varias cajitas, papeleras, cuchillitos de cortar papel, libritos de memoria, y otras frioleras, de las cuales conservámos algunas, que están tambien á la disposicion de Vds.

La gruta de Remouchamps.

He aquí una de las excursiones mas curiosas que hicimos en todo el viaje. Yo habia leído y oído hablar mucho en el país de la famosa *Gruta de Remouchamps*, y desde luego hice propósito de no volverme sin verla.

Está á 3 leguas S. O. de *Spa*, en un sitio agreste y salvaje, en el fondo de un barranco bañado por las plateadas aguas del *Ambleve*. El camino es áspero y escabroso, alternado entre rocas, bosques, landas, espesos matorrales, profundas gargantas, prados y tierras de labor. Apénas hay senda alguna trillada, y es imposible acertar con el camino sin ir acompañado de un guia muy práctico del país y sobre caballos muy prácticos tambien.

Todo lo hay siempre en *Spa* á disposicion del viajero. Á la menor insinuacion nuestra ya tuvimos á la puerta del hotel al mozo *Gregoire* con tres famosos rocinantes, que ellos llaman *bridets*, esperando nuestras órdenes. Montámos pues cada uno en nuestra alimaña, y heles van Fr. Gerundio y su lego, junto con el hermano *Gregoire*, por aquellas breñas arriba, saltando arroyos, brincando setos, salvando pantanos, subiendo linderos, bajando colinas y costeano derrumbaderos, trotando unas veces, galopando otras, magullándose siempre, y hechos tres facciosos de montañas (salva sea la comparacion), siendo el resultado que á los siete cuartos de hora ya estábamos en la aldea de *Remouchamps*, viendo á aquellos sencillos aldeanos bailar rigodon al son de un violin, cosa que nos sorprendió en tan rústicos y retirados lugares.

No bien nos habíamos apeado en el hotel *des Etrangers* (1) tenido por la viuda *Charpentier*, cuando acudieron á encargarse y cuidar de nuestros jacos tres robustas muchachas,

« Princesas curaban de él,
doncellas de su rocino; »

(1) Allí no hay aldea despreciable sin su hotel correspondiente.